



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

Daniel MUÑOZ SEMPERE y Beatriz SÁNCHEZ HITA (eds.) (2021), *Andalucía y lo andaluz en los siglos XVIII y XIX. Representación, crítica y creación de estereotipos*, Berlín, Peter Lang (Studies on Romance Literatures and Cultures, 40), 255 pp.



En el marco del proyecto de investigación que dirigen, Daniel Muñoz Sempere y Beatriz Sánchez Hita han coordinado el libro *Andalucía y lo andaluz en los siglos XVIII y XIX*. A lo largo de sus páginas, once autores —incluyéndolos a ellos dos— profundizan en la imagen de esta parte del sur de España, mitificada por los viajeros románticos, a través de la prensa, la literatura y el teatro de la época. El volumen comienza con un prólogo a cargo de los editores, que presentan brevemente el estudio en conjunto, dan una sinopsis de cada capítulo y destacan el haberlo enfocado más en la «popularización» de lo andaluz y su vínculo con la realidad sociohistórica que en su mero «descubrimiento» (7), lo que deja traslucir la voluntad de penetración crítica con la que lo han concebido.

En el primer trabajo, titulado «Antes del costumbrismo. La imagen de Andalucía en la prensa crítica y política (1763-1823)» (13-42), Muñoz Sempere y Sánchez Hita se centran en los estereotipos andaluces desde la Ilustración hasta poco antes de la eclosión romántica. Toman como corpus las publicaciones de tipo espectador en la prensa periódica durante momentos tan relevantes como la Guerra de la Independencia y el Trienio Liberal. En su capítulo se dan cita *La Pensadora Gaditana*, *El Censor* y *El Conservador*, *El Pensador*, *El Catón Compostelano*, *Minerva o El Revisor General*, *El Observador*, *El Duende de*

los Cafés, *El Tío Tremenda o los Críticos del Malecón*, la *Crónica Científica y Literaria*, la primera literatura de costumbres e incluso las *Cartas Marruecas*, de Cadalso. Los temas son también bastante diversos en su relación con Andalucía: el patriotismo y la nación, la lucha por la libertad, la religión y la lucha contra el Santo Oficio, el influjo árabe o el casticismo. Con todo ello, los autores amplifican la visión sobre el territorio en vísperas del Romanticismo.

En «¿Cómo nos vieron?: los andaluces en los textos literarios» (43-56), Amparo Quiles Faz indaga en la mirada que se vertía sobre la región en la literatura española y extranjera. El capítulo está lleno de citas de escritores decimonónicos, tan variados como Juan Valera, Gómez Sancho, el Doctor Frank, Lafuente Alcántara, Laborde, Cook, Madrazo, Mellado o Peyret. Entre unos y otros se fue configurando la percepción de Andalucía como enérgica y soleada, con rasgos árabes y mujeres hermosas que se afanaban en el cuidado del hogar. En tercer lugar, Marieta Cantos Casenave se centra, con cierto carácter interdisciplinar, en «La representación de Andalucía en las *Romances y leyendas andaluzas*. Cuadros de costumbres meridionales de Manuel María de Santa Ana (1844): literatura, imagen y música» (57-80). Contextualiza al autor sevillano a mediados del siglo XIX y analiza la combinación de texto, grabados y canciones en su prolífica obra, cuya estructura desgrana al inicio. Demuestra, asimismo, que algunos de estos romances tuvieron un recorrido previo con anterioridad a la edición de 1869. Concluye que una buena cantidad de los textos refuerza la delimitación de Andalucía como un espacio anquilosado, en la línea de los románticos europeos.

«Lo pintoresco y lo político en *El Pueblo Andalúz*. Sus tipos, sus costumbres, sus cantares» (81-104) es el trabajo de Joaquín Álvarez Barrientos, que considera este texto costumbrista redactado en prosa por numerosos autores, como Fernán Caballero, y publicado en 1877, en plena efervescencia de los movimientos regionalistas. Lo interpreta en relación con la idea de lo pintoresco, de la que traza un recorrido histórico y político en las primeras páginas. Lo incardina, además, dentro del «género andalúz», esto es, «el constructo ideado para defender una imagen de la región (y, por extensión, de España)» (88). Digno de mención es el apéndice que incluye, tras las referencias bibliográficas, con el prólogo (de Gutiérrez de Alba) y el epílogo (de Martín y Santiago) de la obra, en los que se aprecian bastantes de los rasgos que la caracterizan. Vasto conocedor del arte escénico, Alberto Romero Ferrer ofrece un capítulo titulado «“Una sombra hecha de luz”: Imágenes y estereotipos andaluces en el teatro español de los siglos XVIII y XIX» (105-136). Tras una sucinta introducción sobre la cultura teatral andaluza entre el periodo ilustrado y el romántico, sitúa sainetes, tonadillas y bailes dramáticos (el *género chico*) como manifestaciones importantes de su época. A través de cuantiosas citas extractadas, comenta ejemplos de González del Castillo, Ramón de la Cruz o Estébanez Calderón, entre otros. No en vano, su trabajo está repleto de referencias que permiten entender mejor el «friso dramático donde se mostraba una Andalucía compleja dentro de una España diferencial y recóndita» (129).

En sexto lugar, María Isabel Jiménez Morales dedica su capítulo a «El teatro andalucista de Rodríguez Rubí (1840-1843)» (137-156). Toda su dramaturgia de tema andalúz está concentrada en los primeros cuatro años de la década de 1840. En particular, examina un corpus integrado por siete obras del dramaturgo malagueño: *Toros y cañas*, *El contrabandista*, *El ventorrillo de Crespo*, *Las simpatías o El cortijo del cristo*, *Las ventas de Cárdenas*, *Casada, virgen y mártir* y *La feria de Mairena*. Resalta los aspectos fundamentales de cada una de ellas y especula sobre por qué no triunfaron en su momento; una de sus hipótesis es que no aportaban nada distintivo al magma de obras de tema andalúz existentes, unido a la «incapacidad de Rubí» (152) para ahondar en la esencia de la región

y sus tipos más allá de lo trivial. Por su parte, Claudia Lora Márquez consagra su trabajo a «Las *Guías* de Sevilla en el siglo XIX: antecedentes e influencias extranjeras» (157-182). Se refiere, en concreto, a las *Guías de forasteros*, muy habituales a lo largo del ochocientos en la ciudad hispalense. Las distingue como una variante derivada del almanaque de corte dieciochesco y rastreable también en otros territorios de Europa, América y Asia; según la autora, las unía el objetivo de brindar «relatos curiosos y a veces divertidos acerca de la vida en la ciudad» (161). A partir de aquí, desgrana, mediante citas y grabados de las propias obras, aquellas que caracterizan la ciudad de su interés, Sevilla.

En otro sentido, Ivonne Galant publica «El pueblo hecho patrimonio: viajeros franceses en Andalucía (siglos XVIII y XIX)» (183-206). Como el propio título indica, se trata de un panorama de textos de viajeros-escritores franceses, anteriores a 1840, sobre el pueblo andaluz. Subraya la preponderancia de este último en el conjunto de España desde la perspectiva francesa, que incluso lo enaltecía en contraste con el resto del país. La investigadora señala, además, el fenómeno de «erotización» de hombres y mujeres que se desprendía de escritos como los de Merveilleux, Laborde o el mencionado Peyron. El suyo es un trabajo muy bien estructurado y abarcador, en el que también pone de manifiesto algunos mecanismos que tornaron turística la región (caracterizada por la aventura) y numerosas interconexiones con otros textos e ilustraciones del periodo que contribuían a sumergir al lector en una estética común.

En penúltimo lugar, Leticia Villamediana González plasma unos «Bosquejos de Andalucía en la prensa británica del siglo XIX: del discurso romántico al discurso colonial» (207-226). Rastrea textos de un abanico muy amplio de escritores ingleses, tales como Richard Ford, George Borrow, George Dennis, Dorothy Wordsworth (hija del célebre poeta), Frederick Hardman o Hugh James Rose. La especificidad de su estudio radica en la relación del corpus con Andalucía y el imperialismo británico, en un contexto de explotación minera y creación de nuevas líneas de ferrocarril. Cierra el volumen «La imagen literaria de Andalucía en la prensa del destierro liberal en Inglaterra (1818-1845)», de David Loyola López. Como experto en el exilio del periodo, profundiza en la percepción que objetivaron de Al-Andalus todos aquellos liberales que habían marchado a Francia o Inglaterra en aquellos años, como Blanco White, José Joaquín de Mora o Pablo de Mendíbil. Constata la recurrencia del recuerdo y la añoranza de la patria lejana, no sin un trasfondo de dialéctica política que motivaba a los escritores a emitir críticas hacia el régimen desde la distancia. Andalucía, en particular, se antojaba un microcosmos de la totalidad nacional para estos y otros liberales expatriados, tal y como afirma el investigador al final.

Andalucía y lo andaluz en los siglos XVIII y XIX es, en síntesis, un libro colectivo con una identidad muy clara, en el que todos los trabajos participan, aun en su variedad, de una misma unidad. Lo español, lo francés, lo inglés e incluso, tangencialmente, lo árabe se concitan en esta pintoresca región del sur a través de la decena de capítulos que conforman el volumen. Al contrario de otros que, por su enorme extensión, conducen a una lectura más aislada de las investigaciones, este resulta manejable e ilustrativo de una noción común, bien delimitada de principio a fin. La obra constituye, como resultado, una fuente informada y de gran utilidad para quienes busquen comprender con más hondura aquella metonimia de la nación española llamada Andalucía.

Álvaro PINA ARRABAL

<https://orcid.org/0000-0002-6072-8576>

